

El oficio de periodista en el siglo XVII: gaceteros, impresores y comerciantes

Javier Díaz Noci

0. Introducción

Los orígenes de los medios de comunicación y del periodismo como oficio son aún muy irregularmente conocidos. En primer lugar, porque no en todos los lugares del mundo comienzan a editarse las publicaciones periódicas a la vez. Y en segundo lugar, porque el comprensible positivismo de una rama académica todavía -aunque cada vez menos- relativamente joven ha escorado los estudios sobre historia de la prensa sobre todo hacia la hemerografía y el estudio de los medios de comunicación (sobre todo, por razones históricas y técnicas, los más numerosos medios impresos) más que hacia una perspectiva social de la producción y recepción de la información, que correspondería más a las disciplinas científicas que denominaríamos “historia del periodismo” o “historia de la comunicación” (Tresserres, 1994).

En cualquier caso, entre nosotros el estudio sistemático de la historia de prensa (y, si se quiere, del periodismo) comienza a partir de las manifestaciones de los siglos XVIII y XIX, que es cuando empieza, en efecto, la prensa moderna. No cabe duda de que, a pesar de los precedentes proto-periodísticos que habitualmente se citan -principalmente los géneros noticiosos de transmisión oral, ligados a formas versificadas en la mayoría de los casos, que se difunden durante toda la Edad Media y el Renacimiento en la literatura popular de Europa- el nacimiento y desarrollo del periodismo como tal se halla indisolublemente ligado a la aparición de la imprenta, a finales del siglo XV, en el Viejo Continente.

En Europa, las primeras gacetas, los primeros impresos noticiosos con periodicidad determinada, comienzan a publicarse antes en unos países que en otros. En Centroeuropa, concretamente, los *Neue Zeitungen* se conocen desde el siglo XVI, e incluso existe toda una literatura académica en torno a ellos que se produce en la zona de Leipzig durante el siglo XVII. En otros países de la Europa occidental, en España por ejemplo, la aparición de las primeras publicaciones

periódicas, aquí conocidas como gacetas, es bastante más tardía. El primer periódico de la Península, como luego veremos, aparece en Cataluña a mediados del siglo XVII. Tampoco la importancia del fenómeno es igual en todas partes, y ello se debe tanto a la penetración de la imprenta, como a la formación o no de un público lector ávido de noticias, el grado de alfabetización, el nivel económico, etc.

El área anglosajona ha sido precoz en el estudio del periodismo antiguo. En su artículo "Amsterdam. Earlier Newspaper Centre of Western Europe. New contributions to the history of the first Dutch and French corantos" Folke Dahl afirma, refiriéndose a la historia del periodismo europeo como objeto de investigación académica, que

the first and most important object in the study of the history of the earliest newspaper publications is obviously of a pure bibliographical nature (...) try to establish exactly when, where and by whom each number was printed and issued. At times the question arises whether the newspaper one is studying, is a first, second or perhaps even a third edition, or whether it is a reprint from a later date. It may even be some other contemporary publication which, for some special reason or other, pretends to be a periodical news-sheet or news-book, although it is not (...). This purely bibliographical branch of newspaper research I should like to call Newspaper Bibliography (...). Newspaper are really not individuals like books, but they are more like the members of a large family (Dahl, 1939: 161).

sesenta años después de que Folke Dahl pusiese el dedo en la llaga, por estos pagos aún estamos bastante en mantillas, al menos por lo que se refiere al estudio de la prensa del XVII, no tanto la del XVIII (sobre todo gracias a la presencia de estudios escritos en francés: *vide* Guinard, 1971; Larriba, 1998), a falta incluso de completar repertorios hemerográficos fiables.

Existe otra tendencia, ésta no solamente anglosajona, que nos ha animado a cultivar este tema. Es la tendencia, lógica por otra parte, a considerar a la historia de la prensa (o, mejor dicho, la historia del periodismo) como una disciplina académica que, sin apartarse por supuesto del tronco común de la historiografía, está consiguiendo una notable autonomía, y que trata a los medios de comunicación y al periodismo en general como objeto propio de estudio, sin detenerse tan sólo en la prensa como fuente de conocimiento histórico. Entre nosotros, a ello contribuye sin duda la creciente madurez de las facultades universitarias de Ciencias de la Información y, consecuentemente, a la aparición de cada vez más nuevos títulos sobre el tema. Pero, además y sobre todo, a la madurez de la historia del periodismo como disciplina contribuye que ésta se conciba como una historia socio-cultural, en el sentido que a este concepto dan

autores como Roger Chartier (1993 a, b y c) o Peter Burke (1993). Se trata de una historia del periodismo que necesariamente ha de ser una historia de la comunicación social. Un historiador norteamericano, David Paul Nord (1990) ha puesto acertadamente el dedo en la llaga, al indicar que se trata de una historia desdoblada en dos historias paralelas y mutuamente interrelacionadas: una historia social de la producción y una historia social del consumo del periodismo. Es más fácil, en nuestro caso, trazar con mayor precisión -aunque se nos escapan múltiples detalles de singular importancia- una historia de la producción que una historia de la recepción, donde la ausencia de datos objetivos hace que nos movamos en un terreno mucho más especulativo. Aun así, es obvio que hay que intentar hacer de la historia del periodismo una historia social que contemple la mayor cantidad de aspectos posible.

La teoría historiográfica sobre periodismo es, en España, probablemente una de las más consistentes del mundo, sólo parangonable a la estadounidense, o incluso más, dado el escaso entusiasmo anglosajón por teorizar más allá de lo necesario. Ello se debe a que es sólo en Estados Unidos y en algunos países de habla española (España y buena parte de Latinoamérica) donde los estudios sobre Periodismo se hallan instalados en la universidad (si bien los estudios sobre comunicación, más generales, están presentes de una u otra forma en muchas otras universidades). Entre nosotros, la historiografía del periodismo y de la comunicación se ha desarrollado especialmente en Cataluña. Por sólo citar unos cuantos autores, Joan Manuel Tresserres y Josep Lluís Gómez Mompert han escrito sobre el tema, aunque siempre con el pensamiento puesto en la prensa de masas, es decir, en la de época contemporánea. Otra cosa son los estudios prácticos: se han hecho bastantes (tengamos en cuenta que el Periodismo como carrera universitaria superior data en España de la década de 1970) y de calidad. Pero muy pocos sobre el siglo XVII. Una razón es que los historiadores del periodismo español provienen de los departamentos de Historia Contemporánea; el siglo XVII y casi todo el XVIII quedan lejos de su atención. Con, por supuesto, honrosas excepciones: las últimas aportaciones de Jaume Guillamet (1999), por ejemplo, y el esfuerzo sintético en la que, a nuestro entender, continúa siendo la más completa historia general del periodismo español, la de María Dolores Sáiz y María Cruz Seoane.

Vamos a intentar aquí, con los pocos datos que tenemos disponibles o que conocemos, dar algunos pasos en un aspecto de la historiografía del periodismo aún poco transitado: la historia de la profesión. El profesor Guillamet, centrándose sobre todo en la Cataluña del XVIII, ha sido pionero entre nosotros. Nos centraremos sobre todo en el siglo XVII y, sin desdeñar las referencias a lo que conocemos del periodismo de la época en la Península Ibérica, en el país del que nos han llegado más datos: Inglaterra. Partimos sobre todo de una fuente sin

parangón en Europa: las primeras obras de teatro que toman a los periodistas como objeto de atención, la mascarada *News from the New World discover'd in the Moone* (*Noticias del Nuevo Mundo descubierto en la Luna*) y la comedia *The Staple of News* (*El comercio de noticias*), escritas por Ben Jonson, contemporáneo de William Shakespeare, en 1620 y 1626 (1). E intentaremos establecer asimismo algunas comparaciones con lo poco que conocemos de la profesión periodística en la España del Siglo de Oro.

1. La denominación de los periodistas en el siglo XVII

La invención (o, para ser más ajustados a la verdad, la reinvencción europea) de la imprenta provoca todo un fenómeno de popularización de la cultura, que si antes era fundamentalmente oral, sobre todo para las clases menos pudientes, ahora deviene escrita para todos. La producción escrita se especializa, también lo hace la producción informativa, y busca públicos concretos. Si el de todos los tipos de impresos antes citados eran las clases populares, los periódicos buscan a las clases ilustradas, nobleza y burguesía principalmente, personas que, dedicadas a la actividad comercial, precisaban de datos muy concretos -precios, sucesos destacados, estabilidad de los diferentes países, etc.- que les ayudasen a desarrollar con éxito sus empresas. De las cartas informativas, que banqueros como los Függer encargaban a corresponsales diseminados por toda Europa, de carácter privado, se pasa a un concepto público -si bien restringido a quien podía costeársela- de la información. Nacen así las gacetas.

La palabra aparece tardíamente en castellano, aunque es prácticamente contemporánea al nacimiento del periodismo en España. Se documenta, por ejemplo, en sendos sonetos de 1609 y 1611, cuando Luis de Góngora y Argote la cita para referirse a los periódicos que se publicaban en Europa (Altabella, 1983: 16). Por su novedad no la recoge Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* de 1611. Tampoco, lo que ya es más grave tratándose además de un impresor de Flandes, donde las gacetas proliferaban por doquier y en varios idiomas, Benito Remigio Noydens en sus adiciones a la obra hechas en la edición de 1674. En España, sin embargo, sólo-hacía 14 años que habían aparecido los primeros papeles con noticias periódicas en la Península (la *Gazeta de Madrid*), pero sí eran ya de uso común en Centroeuropa o, sin ir más lejos, Italia, pues de allí procede la palabra, de Venecia tal como indica Cervantes en su *Viaje al Parnaso* de 1614, cuando dice en verso “adiós de San Felipe el gran paseo,/donde si baja o sube el turco galgo,/como en Gaceta de Venecia leo”. Las primeras gacetas que ostentan este nombre son, en efecto, como dice el manco de Lepanto, de Venecia, y contienen noticias de la guerra contra los turcos. El origen etimológico es algo más oscuro: en 1650 y

1685 un tal Ménage, a quien sigue en 1676 Ferrari, aseguran citando una fuente poco determinada (“un valentuomo”) y con poca convicción (“fides sit penes auctorem”) que el término deriva de una moneda de poco valor creada en 1539, *la gazzetta*, que presuntamente sería el precio que costaba adquirir el periódico (generalmente semanal) o al menos el derecho a consultarlo. Sin embargo, parece más seguro que el vocablo provenga del diminutivo de *gazza*, “urraca”, por su “verbosidad mendaz” que da lugar al dicho “mentir más que la gaceta”. Sea como sea, consigue rápida fortuna en castellano. El origen y consolidación de la palabra están bastante bien documentados. Como explica Joan Corominas en su *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, después de Cervantes aparece en una carta de 1618, en una disposición sobre licencias de Felipe IV de 1627, en Polo de Medina en 1630, y por supuesto es el nombre que ostenta el primer periódico español, la *Gazeta de Madrid*, a partir de 1660.

De ahí en poco está en boca de todos el vocablo “gacetero”, aunque no recibe el espaldarazo académico definitivo, con grafía *gazetero*, “el que forma la Gazeta, y también el que las vende”, hasta que se publica el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española de la Lengua de 1732. Durante mucho tiempo se prefiere la grafía *gazeta*, ya que, como explica ese diccionario, “es tomado del Italiano *Gazzeta*, que significa esto mismo, por cuya razón se debe escribir con z, y no con c, como hacen algunos”. También se admite, según esa misma obra, *gazetista*, “el que tiene costumbre, inclinación y propensión à leer ù oír las Gazéetas” y también “el que habla freqüentemente de novedades, por las noticias de las Gazéetas”. De la popularidad de los periódicos da cuenta el dicho “estar ya para ir à vender gazéetas”, “frase vulgar con que se significa tener una persona tan gastada la vista, que está muy cercano à cegar, porque regularmente son los ciegos los que venden las Gazéetas”. La periodicidad más común es entonces la semanal o mensual, como se desprende de la propia definición de la voz *gazeta* que preside toda la serie indicada en ese *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia de 1732: “Sumario ù relacion que sale todas las semanas ó meses, de las novedades de las provincias de la Europa, y algunas del Asia y Africa”. Será bien entrado ese mismo siglo XVIII cuando se acuñe, a imitación del francés *journaliste* e italiano *giornalista*, el vocablo *diarista*, “el que escribe el diario” según el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana* del padre Esteban de Terreros y Pando, de 1786, entendido el diario con la nueva acepción de “memoria, ó relacion historica de lo que sucede diariamente, a imitación del francés *journal* y de los italianos *diario o giornale*”. Para entonces, *gaceta* (ya definitivamente con *c*) se reserva únicamente para los “pequeños impresos, que salen cada semana con las noticias de todos los países”. Se crean además otros vocablos derivados: *gacetilla*, “folio volante”,

gacetín, “dim. de gaceta, gaceta pequeña”, pero sobre todo la muy curiosa “palabra inventada, pero bastante común” *gacetazo*, “golpe que se dá en el público, poniendo alguna noticia singular en la Gaceta”, precedente directo del inglés *scoop* y de nuestra más castiza *exclusiva*.

Los nombres que se da en inglés a los periodistas de entonces son varios y muy significativos. En su mascarada de 1620 *News from the New World discover'd in the Moone* Ben Jonson lo denomina por primera vez *factor*. La palabra, de claro origen latino, se acuña a principios del siglo XVI para designar a los “representantes o corredores” que “llegaban a una ciudad, sentaban sus reales en una posada y se dedicaban a buscar a la clientela por medio de pasquines y hojas volanderas” (Rodríguez Rivero, 1999: 3). De esta acepción originaria pasó durante un tiempo, a principios del siglo siguiente, a denominar a quienes se dedicaban a la compraventa de noticias y, según se desprende de esta obra de Jonson, también a quienes las redactaban. *Newsmonger* (“comerciante de noticias”), como *fishmonger* (“comerciante de pescado” o “pescatero”) es uno de ellos. *Coranto-coiner* (“acuñador de corantos”) es otro, no exento de ironía (se acuñan noticias, bien rentables, como se acuña dinero). El periodista de a pie, lo que hoy llamaríamos “redactor”, Jonson lo denominará *emissary* en *The Staple of News* (acto I, escena II). Aún no se utilizan los términos *journalist* (documentado por primera vez en inglés en 1718, y algo antes, en 1704, en el *Journal* de Trévoux, en francés, idioma del que la toman los británicos) o *periodista* (término incluso posterior al de *diarista*, del siglo XVIII), como tampoco se denomina *periódico* a las hojas informativas (*newsletters*, *news sheets*, *news-books*) o gacetas.

3. *El negocio de las noticias y la división del trabajo*

3.1 *El negocio de la información en la Inglaterra del XVII:*

News from the New World y *The Staple of News*

3.1.1. *El profesional*

Como ya se ha adelantado, las primeras obras literarias conocidas que se refieren al periodismo salieron de la pluma de un contemporáneo de Shakespeare, Ben Jonson, en 1620 y 1626. La primera es una mascarada, *News from the New World discover'd in the Moone* (*Noticias del Nuevo Mundo descubierta en la Luna*), una obra breve destinada a ser representada en la corte inglesa, y una comedia, *The Staple of News* (*El comercio de noticias*). Jonson se dio buena prisa en reflejar, bien ácidamente por cierto, la profesión emergente, ya que los primeros periódicos ingleses, algunos todavía impresos en

Amsterdam y exportados a Londres, se publican precisamente en esos años.

En la primera de las obras citadas se nos presenta a los personajes que en aquellos albores del periodismo se dedicaban a la producción informativa. Jonson refleja los cambios sociales que en la profesión de autor trae consigo el periodismo. En *Noticias del Nuevo Mundo* aparecen las tres figuras involucradas en el negocio de la información. En primer lugar, el impresor, pieza clave de todo el proceso, que muy a menudo -y la mascarada lo refleja claramente- hacía funciones de editor, quien confiesa que haría cualquier cosa por conseguir noticias con que satisfacer la demanda de sus clientes. Será ésta una figura básica en el periodismo occidental hasta prácticamente el siglo XIX. En segundo lugar, tenemos al periodista, aunque la palabra no se ha acuñado aún. Se le llama factor, que nosotros hemos traducido por *gestor* o *agente*, aunque tal vez en castellano hubiésemos podido usar el término gacetero (hoy sería un *freelance journalist* en inglés). Parece que Jonson tenía en mente la industria informativa que había diseñado en 1618 John Pory, quien pretendía importar gacetas y *weekly occurrences* desde el Continente (Lambert, 1992: 5).

Se le describe como un sujeto que escribía cartas informativas o *corantos* y comerciaba con las de otros. En tercer lugar, aparece una figura que las modernas historias del periodismo citan como antecedente de la profesión informativa, y que Jonson, justo cuando nace el comercio de noticias, considera del mismo modo: el cronista, una persona a la que el ayuntamiento, u otra entidad administrativa, pagaba para que cada año recogiese en un libro, que solía ser voluminoso, cuanto acontecía en la ciudad. Un oficio que, como Jonson indica certeramente, había ya comenzado su declive ante el empuje de formas más dinámicas de información (2). Aparecen también las relaciones (llamadas en la obra *printed conundrums*), una forma protoperiodística que a menudo mezclaba realidad y fantasía y que terminó siendo un producto residual de la literatura de cordel destinada al consumo de las clases populares. Los corantos, cartas u hojas informativas que se publicaban con una cierta regularidad, pero desde luego sin periodicidad definida (aunque poco a poco se van convirtiendo en semanales), habían comenzado a aparecer en Londres ese mismo año de 1620. Jonson, pues, no pudo estar más atento a la actualidad.

Las noticias individuales se producían por cientos o miles. Por citar un ejemplo que bien pudiera ser común en toda Europa, uno de los personajes de *Noticias del Nuevo Mundo*, asegura ser capaz de escribir hasta 1.200 noticias semanales, que luego se vendían y revendían a buen precio por toda Inglaterra. La carta o coranto era la forma en que se comunicaban las noticias. Los corresponsales eran personajes del pelo del que se describe aquí, gente que trabajaba a destajo -se les pagaba a la pieza, y sus cartas, generalmente sin firma, se revendían luego libremente sin que se participase al autor en la ganancia- y que,

por tanto, debía vender una gran cantidad de noticias para asegurar su subsistencia. Todo el mundo lee noticias, sean fantasiosas o reales, en esa época. En 1614, en su *Anatomy of Melancholy*, Burton se lamenta: “If any read nowadays, it is a play-book or a pamphlet of news” (“Si algo se lee hoy en día, es un libro de esparcimiento o un panfleto de noticias”) (*apud* Fox Bourne, 1887: 2).

El cambio no puede ser mayor en cuanto a la forma de narración, en cuanto a la retórica particular del periodismo. El periodismo difunde crónicas, relatos veraces basados en los hechos empíricamente comprobables, método científico que es en esa época precisamente cuando se afianza y extiende, mientras que en las relaciones e reproducen hechos reales o fantásticos, o incluso se mezclan elementos de ambos, sin que quepa distinguir, porque no es ése el objetivo de su autor, lo objetivo de lo subjetivo, lo verdadero de lo inventado. En estos papeles de mentalidad tardomedieval no se trata de informar -al menos no en el sentido que hoy damos al término, y que se daba en la antigüedad clásica- sino de divertir. Frente a ello, surge la información puramente noticiosa, oficial, internacional y mercantil, ligada a los intereses de las clases dominantes, pudientes económicamente (Aguilera Castillo, 1989). El periodista será así un asalariado al servicio de quien puede pagarlo o costearlo o un profesional liberal que pretende hacer negocio en el mercado.

3.1.2. La empresa

A través de la comedia de Ben Jonson *The Staple of News* nos es dado conocer en cierta medida cómo era físicamente un establecimiento destinado a la confección de información y cuáles eran las relaciones que entre los diferentes agentes económicos implicados en el negocio se establecían.

La obra es una crítica a la asociación de prensa o *syndicate*, en el sentido inglés del término, que operaba en Londres desde 1622 y que, bajo la responsabilidad atribuida a uno u otro impresor, editó todas las primeras *news sheets* de las Islas Británicas. Dos grupos de impresores, dedicados luego al negocio de las noticias, pudieron inspirar a Ben Jonson. Por una parte, Nicholas Bourne y Thomas Archer disponían de sendos establecimientos de impresión y venta de libros y panfletos en el Royal Exchange y Popeis-head Palace, mientras que Nathaniel Newberry y William Sheffard tenían sus tiendas en St. Peteris Church, Cornhill, y Popeis-head Alley. De todas formas, parece que la iniciativa de formar una oficina destinada exclusivamente a la producción de noticias partió de Nathaniel Butter, que supo rodearse de Bourne y Archer, Newberry y Sheffard, y otros, como editores y, tal vez, corresponsales. Esto correspondería con el cuadro descrito por Jonson en su *Comercio de Noticias*: una oficina, presidida por Nathaniel Butter (Crótalo en la obra) en la que era asistido por

Bourne, Archer, Newberry y Sheffard, tal vez los emisarios a los que se refiere en su obra nuestro autor. Probablemente los editores citados sirvieron de modelo a Jonson para dibujar los personajes de su *Staple of News*. Todos ellos habían atisbado un pingüe negocio en esto del periodismo.

Otros nombres, por otra parte, van apareciendo a lo largo de la lectura de la obra: el holandés naturalizado inglés Matthew de Quester, a quien la corona inglesa utilizaba para controlar oficialmente todo el correo llegado del extranjero, que, como el Buz de la obra de Jonson, probablemente tuvo excelentes relaciones con los mercaderes de noticias, que dependían por otra parte de él si querían asegurarse el material informativo indispensable para la buena marcha de su negocio. Es del todo incuestionable que Jonson se basó en personas reales que conocía bien para forjar sus personajes.

Con todas sus críticas hacia la nueva profesión, Jonson no deja de reconocer sus ventajas. Frente al sistema informativo de antaño, dominado por las noticias orales de mentidero, plaza y barbería, la irrupción de una economía precapitalista y el auge de la burguesía comercial como clase dominante hacen que la actividad informativa se centralice y ordene claramente. El comercio de noticias de Crótaló y los suyos está repleto de archivadores, anaqueles, gacetas, corantos y cartas que se ordenan, archivan, manufacturan y venden “con la garantía de la oficina”. Se produce una clara división del trabajo: el impresor y el librero (a menudo editor) son personas diferentes. Jonson evita cuidadosamente en la escena quinta del primer acto que el comercio que describe sea una imprenta. La iniciativa empresarial absorbe antiguos oficios informativos (como se pone de manifiesto en *Noticias del Nuevo Mundo*). El informante que, a través de cartas, servía sólo a uno o unos cuantos señores, pasa de aquella correspondencia privada a buscar noticias que publicar en los nuevos periódicos. Por supuesto, se impone la búsqueda del beneficio económico. Aquel *syndicate* de Butter y los otros pretende practicar, y lo consigue durante un tiempo considerable, un verdadero monopolio si no completamente *de iure* sí al menos *de facto*. De hecho, Ben Jonson lo deja muy claro en el primer acto del *Comercio de noticias*, cuando, en boca de uno de sus personajes, asegura que no habrá otras noticias que las que expida la oficina (3).

La oficina de noticias nos recuerda, salvando las distancias, a la redacción de un periódico de nuestros días. Muy significativamente, Ben Jonson utiliza dos palabras de origen latino, y no sajón, para denominarla. Está claro que Ben Jonson se refiere, con la palabra *staple*, al lugar físico (un personaje de *News from the New World* expresa su intención de abrir un *staple for newes*) donde se manipulan y venden las noticias, y de hecho la otra palabra que se utiliza para designarlo en la obra es *office* (“oficina”). La connotación que Jonson da a ese “comercio” va más allá de la mera tienda o taller artesanal (en inglés, respecti-

vamente, *shop* y *workshop*) y prefiere, por tanto, una palabra más específica, de raíz latina (del latín *stapula*, *stapulus*, a través del francés antiguo *étape*, según el *Oxford English Dictionary*). El significado concreto de la acepción que emplea Jonson es, según ese mismo diccionario, “a commercial centre, a chief place of business in a country or district”. “El principal lugar donde se vende una mercancía”, en este caso las noticias, sería el significado de la palabra *staple*. “Comercio” parece responder razonablemente a esta descripción y tiene además la ventaja en este caso de ser anfibológica, pues se puede remitir igualmente al tráfico de ciertas mercancías, en el fondo también el tema de la obra.

La oficina o comercio comienza a describirse en el primer acto de la obra. Uno de los personajes, aspirante a entrar de aprendiz en la misma, la describe como “recién creada aquí en la casa, casi en el mismo piso, donde se van a traer noticias de todas clases, que se van a examinar, a registrar y a vender con el sello del oficio como “nuevas del comercio”. Las “habitaciones grandes” de la casa donde mora el dueño del comercio (un tal Cymbal o Crótalo, que suena al compás de las noticias y el dinero) se destinan a la oficina, y en las mismas se disponen “pupitres, anaqueles, mesas y estantes”. Los pupitres son ocupados a tiempo completo por los aprendices, siempre presentes en la oficina (serían los “redactores de mesa” de hoy), mientras que los “emisarios” (los “reporteros de calle” actuales) sólo los ocupan cuando vuelven de sus respectivos destinos. Junto a los puestos individuales o pupitres, hay una mesa mayor, cubierta por una alfombra (probablemente oriental) que, como era costumbre en la época, hacía de mantel, donde se disponían, listas para ser clasificadas, ordenadas y selladas, las noticias más recientes.

La oficina está compuesta por quien hoy llamaríamos “director”, y a la vez propietario, y sus subalternos. La división del trabajo aparece claramente retratada en la obra. Dispone de cuatro corresponsales, que se denominan entonces “emisarios”, “hombres empleados fuera, a quienes se envía a recoger noticias a conveniencia”. Los cuatro se ocupan de las principales zonas del Londres de la época: la Corte, Saint Paul (zona de librerías, chismosos y pisaverdes), Exchange y Westminster. Uno de los emisarios es, de forma nada casual, un abogado picapleitos, guarda de las bolsas, que atiende por el nombre de Ganzúa.

Las noticias locales de Londres se completaban sin duda por las vendidas en forma de carta noticiosa, de las que algunos “factores” o “agentes”, que cobraban a tanto la pieza, eran capaces de redactar por miles como hemos visto y enviar desde provincias o desde el extranjero. Las noticias de los soldados, que por fuerza, al menos quienes sabían escribir, habían de servir también para reportar noticias de guerra, eran tenidas por informaciones de escasa credibilidad, y debían ser sin duda redactadas de nuevo. Así lo dan a entender los per-

sonajes de Jonson cuando, refiriéndose a un periódico real, el *Mercurius Britannicus* (una colección de noticias que Thomas Archer, probablemente en compañía de Nathaniel Butter y Nicholas Bourne, editó durante tres años, hasta 1626), dice que “donde él estaba acostumbrado a entrar, había hambrientos capitanes, oscuros hombres de estado, compañeros que bebían con él en una oscura estancia de taberna, y comían salchichas; como conviene para tener muchas plumas políticas, con que alimentar las prensas y servir noticias, sean verdaderas o falsas”.

Además de los “emisarios” y los “factores”, la dirección de la empresa recaía, además de en el propietario o “regente”, en el “regidor”, (en el *dramatis personae* de la obra se le denomina en inglés *register*), lo que hoy sería el redactor jefe. Otra figura es la del “corrector” o “editor” (denominado *examiner*), encargado de la supervisión de todos los textos. El cuadro se completaba, a la manera de nuestros actuales y eufemísticos “becarios”, con los “oficiales” o “aprendices” (*clerks*, en el original inglés), uno de los cuales es, bien significativamente, un barbero (y también “sacamuelas”), y como tal un notable charlatán, dos en el caso que nos ocupa, que se dividen el trabajo: ambos se encargan de las noticias de la Guerra de los Treinta Años, uno se ocupa de las noticias de la facción protestante y otro de las de la facción católica. Lo que no es óbice para que, como muchos de nuestros becarios de hoy, se vayan después de cerrar la oficina, a las dos de la tarde, a tomar juntos un vino, al final de la escena tercera del tercer acto.

La relación contractual era diferente según con quién. Como ya se ha dicho, las noticias del extranjero o de provincias se pagaban a tanto la pieza. Los “emisarios”, los que hoy llamaríamos “redactores” o “corresponsales”, iban en cambio a porcentaje, ya que su trabajo era más estable y su vínculo laboral también. Un *nemo-scit* (“nadie sabe”), se dice literalmente en el primer acto de *The Staple of News*. Y no se sabe porque el beneficio varía. En el caso concreto del *syndicate* de noticias en que se inspira Jonson, según Mackenzie, en su inédito *The London Book Trade in the Later Seventeenth Century* (Cambridge, 1976) partía de un capital de 1.400 libras esterlinas, con participaciones de 100 libras cada una, 700 para el jefe del negocio y 50 para cada uno de los oficiales. El reparto de las ganancias era como sigue: el propietario-director se lleva la mitad. La otra mitad se divide en siete: cada uno de los cuatro “emisarios”, trabajadores estables y continuos, se lleva una de esas participaciones, así como también el corrector y el regidor. Eso hacen seis de las siete participaciones en que se divide la segunda mitad. La otra participación se destina a partes iguales a cada uno de los aprendices u oficiales. En términos actuales, sería: el 50% para el propietario, un 7% para los redactores, redactor jefe y corrector, y un 3,5% por ciento para los becarios. Por supuesto, para acceder a cada uno de esos

puestos había que pagar previamente: en el caso de los aprendices, 50 libras era el precio.

Ya hemos visto cómo era físicamente la oficina de noticias. Pero Jonson llega a tal precisión que podemos, a través de sus personajes, recomponer la posición de cada uno de los “periodistas” de entonces en la estancia. El regidor o “redactor jefe” se sitúa en medio, donde la gran mesa cubierta por una alfombra expone las noticias más actuales. A él le toca decidir cuál sí y cuál no. Los ayudantes y el corrector se encuentran en una habitación contigua, exterior, con la luz que necesitan para escribir. El director se reserva también su puesto, cerca de los anaqueles donde se clasifican, alfabéticamente, las noticias en bruto, “todas con su encabezamiento puesto”. Se subdividen, explica Jonson en la escena IV del acto I, en auténticas y apócrifas o de credibilidad dudosa (también llamadas “noticias de barberos”). Hay también gacetas y corantos (las primeras italianas, los segundos holandeses o franceses), que contienen la información internacional. Otras secciones, a la manera de los periódicos actuales, contienen noticias de temporada, de vacaciones (judiciales), de Navidad, de la facción (católica), protestantes, de la Reforma y pontificias. Y, además, se guardan, como en una moderna agenda común del periódico, “los nombres de los amigos especiales y corresponsales del país, de todo rango y religión, factores y agentes enviados y diseminados por todos los distritos del Reino”.

Los clientes también aparecen retratados en la obra de Ben Jonson. El gentil lector, “que tiene la virginidad de todos los libros”, al que cuidadosamente se dedicaba cada hoja de noticias, era el público más numeroso de la época, compuesto por nobles y, sobre todo, comerciantes, interesados en conocer los vaivenes de la vida política sobre todo en aquellos países donde pretendían hacer negocio. Estas líneas de uno de los *newsbooks* de Nathaniel Butter son una de esas dedicatorias: “Gentil lector, la costumbre predomina tanto en todo, que tanto el lector como el impresor de estos panfletos están de acuerdo en su expectación de noticias semanales, de manera que si el impresor no es capaz de dar cumplida satisfacción, el lector vendrá y demandará cada día nuevas noticias. No solamente por curiosidad o querencia, sino argumentando una necesidad, tanto para satisfacerse a sí mismos como a sus clientes”. A algunos, especialmente ávidos se noticias, se les describe en los actos I y III. En el primero, aparece una campesina que solicita cuatro peniques de plata de noticias, “no me importa cuáles, para llevar este sábado a nuestro vicario”. Los “periodistas” le hacen esperar para aumentar su sed de información. Más adelante aparecen otros clientes: una anabaptista que pide seis peniques de noticias de su religión, provenientes de los Países Bajos, precio por el que se le ofrece sólo una (que previamente se le lee, para que “pruebe” la mercancía), aunque se le intenta vender otra más sustanciosa por un chelín. Otro cliente pide noticias de las

misiones de China y Japón, otras noticias de la coronación del nuevo rey británico Carlos I, otros solicitan noticias de la Guerra del Continente y todos sin excepción se muestran interesados por las noticias locales que se producen al llegar la primavera. Las noticias se llegaban a vender por paquetes, y servían incluso de mantel para leer mientras se comía.

Aquel periodismo de la generación de Ben Jonson duró, por otra parte, apenas dos décadas. Durante aquella primera etapa del periodismo inglés buena parte de los pioneros citados continuó en el negocio del periodismo. Butter y Bourne recibieron en 1638 el monopolio de imprimir noticias del extranjero. La Guerra Civil inglesa, en la década de 1640, cambió todo el panorama, también el informativo. Si antes era noticia lo que ocurría en Europa, ahora lo es sólo lo que acontece en Inglaterra. Butter y los otros pioneros salieron del negocio, arrollados por los nuevos *mercuristas*. Nathaniel Butter murió en 1664, pobre y apartado del periodismo. Nuevas formas, nuevos temas, nuevos profesionales se habían hecho con el control del mercado informativo.

3.2. *Impresores y gaceteros flamencos y españoles*

Mientras tanto, ¿qué ocurría entre nosotros? La nueva actividad económica ligada a la información es ya un negocio moderno y complejo. El rey Felipe IV, mediante ley de 13 de junio de 1627, prohíbe que “se impriman, ni estampen relaciones, ni cartas, ni apologías, ni panegíricos, ni gazetas, ni nuevas, ni sermones (...) sin que tengan y lleven primero examen y aprobación” (Ley 33, título VII, libro I de la Nueva Recopilación). Los historiadores oficiales temen igualmente el poder de los gaceteros. Tomás Tamayo de Vargas, cronista de Castilla e Indias, critica a los autores de gacetas, avisos y relaciones y a quienes las creen. Ello se debe a que esas noticias provienen sobre todo de países enemigos de España, donde la censura de la monarquía no puede ejercerse, y en concreto de los Países Bajos. Esa misma preocupación la tendrán las monarquías de Francia e Inglaterra, los dos países más poderosos, junto con España, de Europa. Las palabras de Tamayo no pueden ser más virulentas: de los mercurios franceses, alemanes y flamencos dice que “solamente tratan de entretener con quentos del vulgo a los que los leen por ser un agregado de Gazetas escriptas por hombres ociosos de todas partes sin mas autoridad que las de las consejas”, y de sus autores que son “herejes y enemigos de España, [que] mienten de oficio y voluntad”. Aunque tampoco son más fiables los autores de relaciones españolas “que venden los ciegos, que ordinariamente o se escriben a gusto dellos interesados o con el testimonio de una simple carta y sin autoridad (...) para hacer granjería, engañando al vulgo que las cree por impresas y a los demás que por poco dinero leen costas estrañas” (*apud* Altarriba, 1981: 20-21).

La situación era similar a la de, por ejemplo, Inglaterra: ya hemos visto lo que opina el dramaturgo Ben Jonson, siempre cercano a los reyes Jacobo I y Carlos I, quien intenta en su mascarada *News from the New World discover'd in the Moone* y en su comedia *The Staple of News* alertar de los peligros del nuevo comercio. Uno de los protagonistas de la obra, Crótalo, es retratado como un alquimista de noticias, “que alimenta la malsana curiosidad de sus clientes con los productos de sus artimañas, ambos pintados con relativa amenidad, como corresponde a la cualidad criminal mitigada de su impostura”. Para Jonson, la oficina de noticias era poco menos que el tenderete provisional de unos timadores, y de hecho así considera sin duda el negocio de la compraventa de noticias y quienes a su costa se lucran. Hay en *The Staple of News* y en *News from the New World* continuas alusiones a la voracidad de estos comerciantes de noticias, que buscan desesperadamente algo, verdadero o falso, que poder vender, convirtiendo así cualquier chismorreo en una noticia impresa. Denuncia incluso la práctica, al parecer habitual, de cambiar la fecha de las noticias para revenderlas como nuevas al cabo de un cierto tiempo. En *Noticias del Nuevo Mundo* un personaje, el impresor, declara que “tengo yo mis prensas y muchas plumas en busca de relaciones provechosas, que en unos cuantos años (porque la edad prodiga olvido) imprimo otra vez con fecha nueva, y están en excelente uso”, a lo que replica otro personaje, “más bien excelente abuso”. En *El comercio de noticias* Crótalo asegura que él no caerá en ese vicio: “Tampoco se aprovechará el librero del tiempo, produciendo de nuevo otra vez, en siete años, mientras la edad caduca, y hace que se olviden, sus anticuados panfletos con fechas nuevas”. Pese a lo cual, resulta sospechoso cómo clasifica y reclasifica una y otra vez las noticias, como para demostrar, como cualquier otro comerciante, que su género es fresco, y muestra su reticencia a que se imprima cualquier hecho, verdadero o no, sabedor de lo efímero del material en que basa sus ganancias, “porque cuando la noticia se imprime, deja, señor, de ser nueva. Mientras que esté escrita, aunque esté cerca de ser falsa, corre aún como noticia”. Era tal el deseo popular de conocer las últimas noticias que cabía incluso la suscripción o, como se decía entonces con una curiosa visión comercial del asunto, una póliza que asegurase que se iba a recibir una cierta cantidad de noticias cada cierto tiempo. Otros contemporáneos comparten su escasamente positiva opinión acerca de la nueva profesión. En 1631 James Shirley publicó su obra de teatro *The Schoole of Complement*, en cuya primera escena se recoge una referencia a los *newsmongers* o *newsmakers*, una profesión en la que abundaban soldados *bastardos*, “que describirían una batalla de cualquier parte de Europa y que nunca han puesto el pie fuera de la taberna”, cuya “conciencia pendía de un hilo (...), agentes del diablo” (Shirley, 1637: 2-3). En su catálogo de personajes de la Inglaterra isabelina, Richard Brathwaits nos habla, en primer lugar, de un *alma-*

nack monger y después de un *corranto-coiner* o “acuñador de corantos”, términos ambos bastante despectivos.

De nuevo en España, poco antes de que aparezca la *Gaceta de Madrid*, Baltasar Gracián, en sus dos últimas partes de *El Criticón*, de 1653 y 1657, da zumba a los gaceteros y relacioneros, a quienes califica de ser “sin fondo de juicio, ni altanería de ingenio”. “Mienten las relaciones y mucho más las gacetas”, concluye. El peligro venía de dentro y fuera de casa: por esos años, en 1655, dos viajeros franceses se encontraron en Zaragoza con un rico banquero abonado a las gacetas de París y a otros varios papeles noticiosos (avisos manuscritos) provenientes de Europa (Altabella, 1981: 27).

La desconfianza de la monarquía era grande hacia los papeles informativos, y Carlos II los terminará prohibiendo mediante orden del 29 de noviembre de 1679, con éxito muy limitado, ya que se siguieron vendiendo clandestinamente las coplas y relaciones que vendían los ciegos. Antes se había intentado proteger el monopolio informativo oficial otorgando el privilegio exclusivo de impresión de gacetas a Francisco Fabro Bremundán en 1677. Un contemporáneo suyo, en una nota manuscrita, se toma la jugada a chirigota: “El nuevo oficio de Gazetero ha sido hoy el objeto general de la risa, admirando haya quien eche su dinero en tal bagatela (...). ¡Fuera gran oficio, si, como prohíbe las impresiones, prohibiera que en las cartas misivas nadie pudiera avisar á sus amigos de las novedades de la corte y fuera de ella! Con lo que queda sin valor alguno el tal oficio sin esta circunstancia” (*apud* Altabella, 1981: 29).

Hasta aquí la visión negativa y satírica de la profesión. Pero ¿cómo eran en realidad los gaceteros españoles, aquellos que se dedicaban a hacer negocio recogiendo, elaborando, imprimiendo y vendiendo noticias? A menudo (demasiado a menudo, en realidad) se ha considerado que la historia de los albores del periodismo en España se circunscribe, o cuando menos se refiere primordialmente, a la *Gaceta de Madrid*. Se han dejado de lado otros títulos que, en contra de lo que se ha repetido con más frecuencia de lo que la precisión científica exigiría, no siempre eran reimpresión o refundición de los contenidos del periódico madrileño. En “provincias”, e incluso fuera de España, también se imprimían gacetas en castellano de contenido original, independientes de la *Gaceta de Madrid*. En la década de los años 80 del siglo XVII apareció al menos una, *Noticias Principales y Verdaderas*, del impresor Pedro (o Pierre) de Cleyn, que luego se reimprime en San Sebastián.

Comienza a editar Pedro de Cleyn sus *Noticias Principales y Verdaderas* en la capital del Flandes español, Bruselas. Desconocemos cuál es la fecha exacta de publicación de esta importante gaceta, ya que el primer número conservado, perteneciente a la colección de la Biblioteca Nacional de Francia, es de 1685, pero en el mismo queda claro que la gaceta lleva tiempo imprimiéndose y dis-

tribuyéndose en España. Muy significativamente, aquella gaceta flamenca en castellano comienza con noticias de España, traídas de la Península y reintroducidas en la misma mediante el subterfugio legal de hacerlo mediante esta gaceta en castellano que no era española y podía así escapar a la férrea censura de la monarquía. Este era el modo, por cierto, en el que otros muchos países de Europa se permitían disponer, para desesperación de los respectivos monarcas que poco podían hacer frente a la importación legal o clandestina de noticias en la lengua de sus reinos y fabricadas en los más permisivos Países Bajos, de noticias sobre sus propios países.

Esta gaceta quincenal se reimprimirá, con una semana de retraso (lo que costaba, claro está, que los números originales llegasen desde Bruselas a la capital guipuzcoana), por el impresor oficial de la provincia, Pedro de Huarte. Además, y para ofrecer un servicio completo a sus clientes (sin duda, la burguesía comercial de San Sebastián), se decidió a dar a la luz otra gaceta las semanas en que no podía ofrecer las *Noticias principales y verdaderas*. Es posible que esta otra gaceta donostiarra, *Noticias Extraordinarias del Norte*, fuese también la reimpresión de otra gaceta flamenca, aunque al carecer de constancia documental y de ejemplares de ese supuesto periódico original todo son hipótesis. Lo que sí está probado es que una gaceta en ladino fue impresa por judíos sefardíes, en caracteres latinos, en Amsterdam. Comenzó a publicarla en 1674 el impresor judío David de Castro Tartras bajo el nombre de *Gazeta de Amsterdam*, era semanal, ofrecía noticias generales, comerciales y marítimas y apareció durante varios años (Altabella, 1981: 30).

Cataluña fue, por otra parte, pionera en la Península en lo que a edición de gacetas se refiere. Allí la imprenta llegó pronto, en plena siglo XV (entre 1470 y 1473). El más antiguo impreso noticioso conocido es la *Còpia de les noves de Itàlia per letres de Gènova*, de 1557, aunque se extiende la publicación de relaciones en el siglo siguiente (Guillamet, 1994: 12). De hecho, la mayoría de los impresos catalanes (y, a diferencia de los vascos, en la lengua propia) son relaciones (Reula Biescas, 1993). Será Jaume Romeu quien en 1641 edite una serie de publicaciones noticiosas de periodicidad más o menos semanal, a las que llamó *Gazeta* a imitación de su modelo declarado, la *Gazette* francesa de Teophraste Renaudot. Es difícil dilucidar, como sucederá luego en el caso de Pedro de Huarte en San Sebastián, si Romeu disponía de una especie de redacción propia, o una red de corresponsales en varias ciudades de Europa, o simplemente reimprimía una o varias gacetas francesas.

Algo sabemos del modo en que las gacetas de aquel entonces funcionaban. Tomemos como ejemplo aquellas en que participó P. de Cleyn. Como en el caso ya examinado de las primeras gacetas inglesas, producidas en Amsterdam o traducidas del neerlandés, la mayor parte de los gaceteros de los Países Bajos (bien

de la protestante Holanda, bien de la católica Flandes) dominaba varios idiomas. El propio Pedro de Cleyn editó entre 1652 y 1685 (más o menos cuando comienza la edición de sus *Noticias Principales y Verdaderas* en Bruselas) unas *Relations Véritables*, que a su vez sucede al *Courrier véritable des Pays-Bas ou Relations fidèles extraites de diverses lettres*. Colaboraba con un tal Gilles Strykwant, aunque el establecimiento de Cleyn figura como lugar de venta. Las *Relations Véritables* defienden a lo largo de toda su existencia la causa católica frente al protestantismo, por lo que tanto esta publicación en francés como la gaceta en castellano de Cleyn, además de disponer de privilegio como consta en el colofón, disponían de fuentes privilegiadas de información oficiales. Sabemos que o conocía el alemán o disponía de alguien que lo dominaba, porque en 1684 publica en su establecimiento de Bruselas la *Carta del señor Duque de Lorena para su Magestad Cesarea, traducida del Aleman, su fecha en el Campo à Buda à 23 de Julio de 1684*. Entonces como hoy, la base del prestigio de un periódico era una buena información internacional, de primera mano, por tanto muy cara. Las *Relations* se componían de boletines enviados por los corresponsales destacados en las capitales de Europa: Roma, Venecia, Génova y Milán en Italia, Hamburgo como principal suministrador de las noticias del Norte, Londres, París y Viena. La mayoría de las noticias la componen las informaciones diplomáticas y militares, en especial las referidas a batallas. Esas mismas informaciones engrosaron sin duda, traducidas al castellano y destinadas al mercado español, las *Noticias Principales y Verdaderas*. En el último número conocido de las *Noticias Principales y Verdaderas* de Cleyn se lee: “El limitado despacho de estas Noticias, y las pocas assistencias de quien las recoge, sufocan los grandes desseos que tiene de satisfacer à la curiosidad publica, como tambien le impossibilitan à sacar a luz muchas obras, en que incessantemente se fatiga, no obstante sus achaques, y edad, entre ellas la Recopilacion historica de los sucessos y guerras de Ungria, desde su principio, hasta el año presente”. Para fortalecer el negocio, tanto Cleyn como Strykwant intentaron ofrecer numerosas noticias de Bruselas que añadir a los boletines internacionales que adquirirían en el mercado flamenco. Lo mismo hará Huarte algo más tarde: utilizó a modo de complemento otras fuentes usuales entre los impresores y “periodistas” de la época, es decir, correspondencia noticiosa o corantos. Sin desdeñar, claro está, las que el correo de paso por San Sebastián pudiese proporcionarle. Huarte obvia reproducir en su reimpresión de las *Noticias Principales y Verdaderas* no sólo las noticias de España sino, por otros motivos (falta de interés por ellas de sus lectores donostiarras), la de Bruselas.

¿Por qué decidió Pedro de Huarte editar durante tanto tiempo varias gacetas, siendo además pionero en hacerlo en prácticamente todo el Norte de la Península, en una ciudad que entonces, a pesar de su importancia como puerto

de mar, centro comercial y su cercanía a la frontera con Francia, no dejaba de ser un núcleo de población pequeño? Las razones son dos: una, la inquietud de la burguesía comercial, que necesitaba conocer las noticias de lo que acontecía en Europa. Y segunda, los Huarte, como antes Jaume Romeu y como su coetáneo Rafael Figueró en Barcelona, necesitaban “garantizar la marcha de su negocio en una época en la que, siendo los libros un objeto de lujo cuyas ventas se reducían drásticamente en las épocas de crisis, era más razonable buscar la manera de asegurarse unos ingresos modestos, pero seguros e inmediatos, a través de la producción de unos impresos breves (de cuatro hojas en 4^o) que, a diferencia de los libros, eran susceptibles de una difusión amplia y rápida” (Reula Biescas, 1993).

¿Cuáles eran, por otra parte, los caminos por los que los editores, en este caso los Huarte, conseguían la información? En algunos números de las gacetas estudiadas aparecen noticias que no pertenecen al periódico original, sino que sirven para complementar las informaciones de éstas. Por ejemplo, en el ejemplar de las *Noticias Extraordinarias del Norte* que Huarte imprime el 3 de mayo de 1688, y que corresponde a noticias fechadas el 24 de abril de 1688, se incluye una *Relación de los nuevos alborotos sucedidos en Constantinopla, segun lo que refiere un capitan de la Nacion Francesa, que partio a 6 de Mayo ultimo, y luego a Venecia a primeros de abril*. Se trata por tanto de la incorporación de un género protoperiodístico, la relación, que convive perfectamente, lo hará durante mucho tiempo más, con otros géneros ya periódicos, y que se nutre principalmente del género epistolar, alrededor del cual ya había surgido en Europa un próspero comercio. No era ajeno a este tráfico Pedro de Huarte, que de vez en cuando introduce en las gacetas que publica alguna otra noticia conseguida mediante este conducto. Así, por ejemplo, en el ejemplar de las *Noticias Principales y Verdaderas* que de su imprenta -y la de su madre, Francisca de Aculodi- sale el 12 de abril de 1688, se incluyen unas *Noticias verdaderas que se adquieren por cartas, y se añaden a las de Brusselas*. Quedaría por saber si las cartas las adquiere Huarte, y es él quien las añade a la gaceta, o bien ya se incluyen en la gaceta original de Cleyn. En cualquier caso, Huarte actúa como un verdadero periodista cuando, en julio de 1688, incluye al final de las *Noticias Principales y Verdaderas* correspondientes al lapso de tiempo comprendido entre el 8 y el 22 de junio de ese año una fechada en San Sebastián, que luego analizaremos con algo más de detalle.

Pedro de Huarte se adelanta así a otros medios de comunicación de la época -seguramente incluso a la *Gaceta de Madrid*- e informa al público donostiarra de tan importantes acontecimientos, que iban a suponer el principio de la segunda revolución inglesa: el nacimiento del hijo del rey Jacobo II, Jacobo Eduardo, que aseguraba la continuidad de la dinastía Estuardo y de una monarquía cató-

lica, y el incidente religioso que prendería la chispa de la revolución. Como vemos, ya en aquellos tiempos los primeros periodistas practicaban la técnica del *scoop* o “pisar la exclusiva” a la competencia.

4. Conclusiones

El periodismo del siglo XVII, en el que comienza la publicación de papeles periódicos en toda Europa (con la sola excepción de los territorios alemanes, donde ya existían en el siglo anterior), es toda una empresa comercial de extrema complejidad. La democratización del acceso a la información que trae consigo la imprenta hace que las clases burguesas e incluso los artesanos, cada vez más alfabetizados, fuesen capaces de leer noticias y por tanto las demandasen ávidamente. La división del trabajo y la especialización de los medios de producción son inevitables en un mercado que se halla en los albores del capitalismo. El que hemos pintado aquí es el retrato de una época oscura, apenas dos décadas de albores del periodismo, y los datos que hemos aportado en este texto son apenas capaces de devolvernos algo de su efímero esplendor, pero, *mutatis mutandis*, el cuadro resultante no nos resulta tan diferente de lo que es hoy el periodismo. Es también el retrato de una profesión cuyas principales características, que el escalpelo crítico de Jonson tan ácidamente pone de manifiesto, siguen siendo contemporáneas. Con sus casi cuatro siglos de solera, en la oficina de noticias que Ben Jonson nos pinta está teniendo lugar una escena que a nosotros, y más a los que hemos trabajado como periodistas en la prensa moderna, nos resultará familiar. Hasta la manera en que acaba la obra, con el evaporamiento súbito del comercio de noticias, nos recuerda la desaparición de algún que otro medio en nuestros días. Ninguno de sus temas de fondo que presenta ha perdido hoy, por tanto, su vigencia.

Es obvio que queda muchísimo por hacer. No sólo en lo que se refiere a la historia de esa prensa y, lo que es más importante, de ese periodismo primerizo del siglo XVII, sino en la aplicación de metodologías y la búsqueda de todo tipo de datos que nos permitan ahondar en el fenómeno profesional del periodismo como tal. En estas líneas sólo hemos pretendido trazar algunas pinceladas que nos ayuden a dibujar o restaurar ese retrato y ese paisaje histórico que no por escasa y parcialmente conocido resulta menos apasionante.

Bibliografía

AGUILERA CASTILLO, César (1988). Historia de la comunicación y de la prensa universal y de España. Madrid: Atlas.

- AGUILERA CASTILLO, César (1989). "Historia y periodismo en tiempo de los mercurios". En: Revista de Ciencias de la Información, n.º 6. Madrid: Universidad Complutense, p. 25-48.
- ALTABELLA, José (1983). Fuentes crítico-bibliográficas para la historia de la prensa provincial española. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- BRATHWAIT, Richard (1631). *Whimzies: Or, A New Cast of Characters*. London, 1631. Hemos usado la edición crítica de Lanner, Allen H. *A Critical Edition of Richard Brathwait's Whimzies*. New York, London: Garland, 1991.
- BURKE, Peter (1993). "La nueva historia socio-cultural". En: *Historia Social*. Otoño de 1993. Valencia: Instituto de Historia Social de la U.N.E.D.
- CHARTIER, Roger (1993a). *Libros, lectura y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, Roger (1993b). "De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social". En: *Historia Social*. Otoño de 1993. Valencia: Instituto de Historia Social de la U.N.E.D.
- CHARTIER, Roger (1993c). "Las líneas de la historia social". En: *Historia Social*. Otoño de 1993. Valencia: Instituto de Historia Social de la U.N.E.D.
- DAHL, Folke (1939). "Amsterdam. Earlier Newspaper Centre of Western Europe. New contributions to the history of the first Dutch and French corantos". En: *Het Boek*, XXV, 3. The Hague: Martinus Nijhoff, págs. 161-198.
- DAHL, Folke (ed.) (1960). *The Birth of the European Press*. Stockholm: The Royal Library.
- FOX BOURNE, Henry Richard. *English Newspapers. Chapters in the History of Journalism*. London: Chatto & Windus, 1887.
- FREARSON, Michael. "London corantos in the 1620s". En: *Studies in Newspaper and Periodical History 1993 Annual*. Westport, Conn.: Greenwood Press, 1994, págs. 3-17.
- FREARSON, Michael. "The distribution and readership of London corantos in the 1620s". En: MYERS, Robin; Davis, Michael. *Serials and their readers, 1620-1914*. Winchester, 1993, págs. 1-25.
- GUILLAMET, Jaume (1999). "Gaceteros, diaristas literarios y diaristas informativos en la prensa catalana del siglo XVIII". En: Barrera, Carlos (coordinador). *Del gacetero al profesional del periodismo. Evolución histórica de los actores humanos del cuarto poder*. Madrid: Fragua; Asociación de Historiadores de la Comunicación, págs. 21-28.
- GUINARD, Paul-J. (1971). *La presse espagnole de 1737 à 1791*. Paris: Centre de Recherches Hispaniques, Institut d'...tudes Hispaniques.
- LAMBERT, Sheila. "Coranto printing in England: The first newbooks". En: *Journal of Newspaper and Periodical History*, vol. 8, n.º 1, 1992, págs. 3-19.
- LARRIBA, Elisabel (1998). *Le public de la presse en Espagne à la fin du XVIIIe siècle (1781-1808)*. Paris: Honoré Champion Editeur.
- LETH, G'ran. "A protestant public sphere: The early European newspaper press". En: *Studies in Newspaper and Periodical History 1993 Annual*. Westport, Conn.: Greenwood Press, 1994, págs. 67-90.
- NORD, David Paul (1990). "Intellectual History, Social History, Cultural History... and Our

- History". En: *Journalism History*, Vol. 67, n.º 4, Winter 1990, p. 645-648.
- RAYMOND, Joad. *The invention of the newspaper. English newsbooks 1641-1649*. Oxford: Clarendon Press, 1997.
- REULA BIESCAS, Jaime (1993). "Una aproximación a la "prensa" catalana del siglo XVII a través de la colección de los folletos Bonsoms". En: *Treballs de Comunicació*, 4, octubre. Barcelona: Societat Catalana de Comunicació.
- RODRÍGUEZ RIVERO, M. "Todas las ferias la feria. El mercado moderno del libro se inició tras la invención de la imprenta". En: *Babelia*, suplemento literario del diario *El País*, 29 de mayo de 1999, pág. 3.
- SCHULTE, Henry F. (1968). *The Spanish Press, 1470-1966. Print, Power, Politics*. Urbana, Chicago: University of Illinois Press.
- SHIRLEY, James (1637). *The Schoole of Complement, as it was acted by her Majesties Servvants at the Private house in Drury Lane*. London: Francis Constable.
- SMITH, Anthony (1979). *The Newspaper. An International History*. London: Thames and Hudson.
- TRESSERRES I GAJU, Joan Manuel (1994). "Història de la premsa, història del periodisme, història de la comunicació". En: *Gazeta. Actes de les primeres jornades d'història de la premsa*. Barcelona: Societat Catalana de Comunicació, págs. 67-78.

Notas

(1) Tradujimos ambas del inglés al español durante el curso 1998-1999, en que fuimos miembros de la Universidad de Oxford en calidad de profesor visitante gracias a una beca de la Sociedad de Estudios Vascos.

(2) El propio Jonson fue nombrado Cronista de la Ciudad de Londres (*City Chronologer*) en 1628, cargo que él vió como una sinecura y un modo de percibir una pensión por parte de los medios oficiales, ya que nunca se dignó escribir una sola línea acerca de los acontecimientos más importantes de la ciudad. Citado en Bamborough, J. B. *Ben Jonson*. Londres: Hutchinson & Co., 1970, pág. 116. Los documentos de 1628, 1631 y 1634 relativos a este cargo de Ben Jonson pueden verse en Herford, C. H. & Simpson, Percy. *Ben Jonson. Vol. II: The Man and His Work*. Oxford: Clarendon Press, 1925, págs. 241-242.

(3) El editor más moderno de la obra, Anthony Parr, indica acertadamente que "el comercio no sólo decidirá qué personas van a leer y escuchar, sino también qué es lo que constituye una noticia auténtica" ("the staple will decide not only what people will read and hear, but also what constitutes authentic news"). Parr, op. cit. pág. 79.

